

Crónicas de la Era Lunar

EL CELIBATO LAICO

Por PABLO DE LA HIGUERA

La cerrada defensa del celibato eclesiástico por el Papa se apoya en muy loables razones. Los católicos holandeses harían bien en meditar sobre las virtudes de abnegación y heroísmo que supone la soltería. Todos los casados sabemos, en efecto, que el estado matrimonial es una situación de fiesta permanente, una loca quermese, en la que marido y mujer viven días cada vez más regocijantes y maravillosos, con una irresponsabilidad total y en el alegre y siempre novedoso disfrute de un amor que, según se especificó en el contrato, es vitalicio. Todo contribuye a este delicioso estado de felicidad: la vivienda asequible y espaciosa, el generoso pluriempleo del marido, el no menos generoso pluriempleo de la mujer (que, además de seguir trabajando en casa, puede trabajar también en la oficina, desde que se ha liberalizado), el placer inefable que proporcionan los niños (cuantos más, mejor), la alegría del pago de las matriculas, la magnanimidad de la Seguridad Social, los impuestos, la gozosa sensación de libertad, la televisión... En fin, que esto del matrimonio es una verdadera ganga. Hasta tal punto que a uno empieza a darle vergüenza de pertenecer a tan frívola y felicísima congregación.

Las razones del Papa nos parecen tan razonables que nosotros, puestos ya a ser más papistas que el Papa, no sólo aprobamos el celibato eclesiástico,

sino que proponemos, incluso, que se extienda a los laicos, conscientes que somos de nuestra privilegiada condición de casados y deseosos que estamos de acabar de una vez con esta discriminación, a todas luces injusta y que tanto nos favorece. Hemos aquí, pues, dispuestos a asumir nuestra cruz y renunciando a las innumerables ventajas del matrimonio y de la educación de los hijos, prestos para abrazar el doloroso estado de soltero. Ya está bien que se sacrifiquen siempre unos pocos, mientras la mayoría nos casamos egoístamente y vivimos en la gloria la mayor parte de nuestra vida. No, los tiempos son muy duros y solidaridad obliga. Aquí, o nos sacrificamos todos o no se sacrifica nadie. Nada de injusticias.

El celibato laico permitiría, por otra parte, resolver una serie de problemas graves y delicados que trastornan el orden moral y la vida de los ciudadanos. Por ejemplo, el problema del divorcio. Si la gente no se casara, estamos casi seguros de que desaparecería esta terrible plaga del divorcio. Y la no menos terrible de la separación de mesa, lecho y habitación, que dice el Derecho Canónico. Aunque esta última tiene, al menos, la ventaja de impedir a los minidivorciados lanzarse a nuevas jugadas matrimoniales...

Nada, nada. Encíclica al canto y celibato obligatorio para todos, eclesiásticos y no eclesiásticos.

Con efecto retroactivo, claro.

llarse». La iniciativa de Ivo Fleischmann ha tenido cierto eco en Praga puesto que este diplomático es también poeta conocido en Checoslovaquia. Ha publicado varios libros de poesía. Traductor checo de Aragón, André Breton, Tristan Tzara, Boris Pasternak y Saint-John Perse, ha traducido igualmente del francés al checo «La confesión», de Arthur London. Antes de hacer pública su decisión de vivir de ahora

en adelante en París, Ivo Fleischmann envió a Gustav Husak, primer secretario del partido comunista de Checoslovaquia, una carta en la que escribe, entre otras cosas: «Incluso después de la intervención soviética, he apretado los dientes y me he aferrado a la esperanza de que el partido y Husak llegarían a impedir la venganza de las fuerzas reaccionarias. Esta esperanza se ha visto defraudada: los partidarios de la revancha han salido victoriosos».

Israel

¿QUIEN ES JUDIO?

Por sesenta y nueve votos contra quince, y con veintitrés abstenciones, el Parlamento israelí ha decidido que nacionalidad y religión judías son inseparables, como pretende el «Halhafat», código religioso milenario.

Tres semanas antes, el Tribunal Supremo de Jerusalén había toma-

do una decisión totalmente opuesta al juzgar el caso de Benjamin Shalit. (Recordemos que el comandante de Marina, Shalit, nacido en Israel, exige que sus dos hijos, igualmente nacidos en Israel, sean inscritos en el registro del estado civil como de nacionalidad judía. El Ministerio del Interior se opuso a ello, aludiendo que la madre de los niños, de origen escocés, no se había convertido a la religión judía. Ambos cónyuges son ateos.)

Este voto del Parlamento ha estado precedido de manifestaciones y contramanifestaciones tormentosas ante el edificio de la Knesset, intervenciones en la radio y en la televisión, y editoriales apasionados. En la propia Knesset, los debates, de una violencia excepcional, culminaron en la expulsión del diputado Ouri Avnery.

Nunca antes, desde el nacimiento del Estado de Israel, se había visto tal despliegue de pasiones, no solamente en los medios políticos, sino igualmente en la calle. Durante cerca de tres semanas, desde la decisión del Tribunal Supremo a favor de Benjamin Shalit, hasta la votación de la Knesset, los periódicos israelíes se vieron inundados de cartas de lectores enteramente consagradas a este problema. Incluso cuando el intercambio de notas entre Kossyguin y Nixon, a propósito de la escalada en el Oriente Medio, figuraba en la primera página de los periódicos del mundo entero, a los israelitas les preocupaba más saber «quién era judío» que las eventuales consecuencias de la nue-



PRECURSORES, RETRASADOS, AUTOMARGINADOS

«Dali fue el inventor de los relojes blandos. Sólo un español se podría permitir esta broma superrealista con algo tan serio y tan suizo como el reloj. Nuestro tiempo es elástico. Algunos próceres contemporáneos discuten si vamos con adelanto o con retraso con respecto a las formas de vida y política de Europa occidental. El «demoliberalismo» —dice Valdelglesias— lo implantamos nosotros

en 1912: «en tiempos de nuestros tatarabuuelos y antes que casi todo Occidente». Sentirse ahora demoliberal parece que es sentirse tatarabuuelo. El grupo de los precursores opina que cuanto más veloces seamos antes nos encontraremos con nuestro pasado. Por el contrario, un repliegue hacia nuestro pasado puede hacernos topar con el futuro de los otros. Esta fantasía einsteniana, pasada por Ray Bradbury, se complica con los juicios de valor sobre nuestro pasado. Hay pasado bueno, hay pasado malo. Parece que yendo hacia adelante, nos encontraremos con el pasado malo; yen-

do hacia atrás, con el pasado bueno.

Ante este grave problema teleológico, algunos deciden automarginarse. Es un elegante vocablo de la familia del eufemismo semántico que acaba de inventar Julio Rico de Sanz, gobernador civil de Cádiz marginado. Dimitir es un vocablo que debe ya figurar en los diccionarios como arcaísmo. Automarginarse es su nueva acepción. Como el contenido es el mismo, el vocablo será también efímero y de poco uso. Puede quedarse en un intento de renovación del lenguaje político. Parece muy necesario. Un escritor como Francisco Umbral ha dicho hace poco:

«La política está llena de palabras feas. Por eso yo no hago política, por estética». Quizá una revisión de vocabulario, como la que inicia el término «automarginarse», podría evitar la grave pérdida para la política nacional que supone la no participación de Francisco Umbral.

La automarginación, según una encuesta realizada por el Instituto Español de Opinión Pública, es masiva. Importantes porcentajes de españoles viven automarginados con respecto a las Cortes, la Ley Sindical, los partidos políticos y su derivación eufemística semántica, las asociaciones. Quizá no

va ofensiva diplomática de Moscú. En realidad, esta pasión llevaba mucho tiempo incubándose. Partidarios y adversarios de la separación de la religión y el Estado han dejado de enfrentarse desde ayer mismo. El problema se planteó ya al nacer el Estado de Israel, cuando se reunió la que podríamos llamar Asamblea constituyente bajo la presidencia de David Ben Gurion.

La mayoría de entonces, que era a-religiosa, por no decir antirreligiosa, renunció rápidamente a elaborar una constitución para el nuevo Estado. Y ello a fin de no herir los sentimientos religiosos de los diputados para los que la Thora, dictada por Dios, es la constitución milenaria y eterna del pueblo judío. Del mismo modo, para no entrar en conflicto con los diputados religiosos, los Parlamentos sucesivos de Israel no han aceptado nunca votar una ley que instituyese el matrimonio y el divorcio civiles, como ocurre en las demás democracias de tipo occidental. Y, para evitar complicaciones, el Ministerio del Interior, responsable del estado civil, ha sido confiado tradicionalmente al partido nacional religioso.

No se puede llegar a entender realmente la historia y la evolución del pueblo judío sin una justa evaluación del lugar que ha ocupado y sigue aún ocupando la religión, o más bien la tradición nacional-religiosa en la vida cotidiana, las vicisitudes, los sufrimientos, las luchas de los judíos. Puesto que la religión judía es más que la creencia en un dios dado. Es también un modo de vida, una cultura, unas prescripciones de higiene, unos cantos de amor, una historia, una legislación. Además, la Biblia —historia santa para los cristianos— para los judíos es simplemente historia, su historia.

El pueblo judío es, en cierto modo, una religión hecha pueblo, y hasta hace aproximadamente setenta y cinco años (a penas tres generaciones) estas dos nociones eran inseparables. A finales del siglo XIX, el nacimiento del movimiento sionista contribuyó considerablemente al proceso de secularización del judaísmo. Al predicar el «renacimiento de Sión», sin esperar la llegada del Mesías, el movimiento

sionista atrajo sobre sí la cólera de los rabinos del mundo entero. Los sionistas insisten en los elementos nacionales existentes en la historia judía. Leen la Biblia a su modo y ponen en evidencia no la ley y los milagros, sino las luchas por la independencia de los hebreos. Los pioneros que predicaban el regreso a la tierra y fundan los primeros kibbutzim en Palestina, a pesar de la fuerte oposición de los rabinos, son ateos muy influidos por el marxismo.

En definitiva, la mayor parte de los políticos israelíes —desde Ben Gurion hasta Golda Meir— son agnósticos y no seculares. Quizá sea una paradoja, pero una que es parte integrante del alma israelita y que explica todas las supervivencias teocráticas.

Al pedir a los diputados de la Knesset que votasen a favor del proyecto de ley del Gobierno, la señora Golda Meir ha declarado que la separación de la nacionalidad y la religión judías traería como consecuencia la división del pueblo judío y favorecería los matrimonios mixtos. Y añadió que «velar por la supervivencia del pueblo judío es más importante incluso que la existencia del Estado de Israel y del sionismo», y se pronunció contra los matrimonios mixtos.

No obstante, los partidarios de la secularización de las instituciones israelíes afirman que el pueblo judío ya no necesita, para sobrevivir, de la religión como cimiento de la cohesión nacional. Según ellos es ahora el Estado de Israel el que constituye este cimiento. Y este Estado no debe temer ya el matrimonio mixto, puesto que la asimilación a la nación judeo-israelí puede muy bien realizarse sin previa conversación religiosa.

La votación del Parlamento israelí es por ellos considerada como un paso atrás, como una acentuación del carácter cerrado, exclusivo de la sociedad israelí. Sin embargo, la oposición laica en Israel considera que las exigencias de la vida diaria, en la que cada vez se producen más matrimonios mixtos, impondrán, a la larga, la abolición de esta ley «contra naturam», que el influyente periódico liberal «Haaretz» califica de propia de la Edad Media. ■ VICTOR CYGIELMAN.

sea tanto automarginación como heteromarginación o aloinformación —vacablos menos limpios, menos elegantes que el de Rico de Sanz—. Para esa masa hay un grave dictamen de Fabián Estapé, rector de la Universidad de Barcelona. Apoyado en su arduidad, explica que los griegos reservaban el apelativo de «imbécil» a los que se decían, o eran, apolíticos. Terrible acusación para la masa despoltizada y para Francisco Umbral.

Precursores, retrasados o automarginados. O apolíticos o imbéciles. Esquemos el debate de los próceres. Aprenderemos algo. ■ POZUELO.

Iglesia

DANIELOU Y EL CELIBATO

La batalla continúa: el "dossier" del celibato de los sacerdotes está aún lejos de cerrarse. Después de las resoluciones del concilio pastoral holandés, primero, y luego del episcopado de este país a favor de una flexibilización del estatuto actual, el Papa Pablo VI, tras prohibir toda discusión sobre el particular, ha escrito una larga carta al cardenal Villot, jefe del gobierno de la

cambio posible del estatuto actual. También dice que, para algunos, el problema no era más que una ocasión de atacar la autoridad del Papa. Su artículo ha provocado profunda emoción, sobre todo en los medios católicos holandeses...

CARDENAL DANIELOU.—Lo sé y soy muy sensible a ello. Pero creo que el casamiento de los sacerdotes sería una mala solución. Creo,



Danielou.

Iglesia. Las posturas del Papa no ha cambiado nada, excepto en un punto: en ciertos países, donde haya escasez de sacerdotes, será posible ordenar a hombres casados.

No parece que esto baste para desasapacionar el actual conflicto. Por un lado, ni que decir tiene que el problema del celibato sirve de revelador a una serie de problemas que se plantean dentro de la Iglesia.

Esta semana concedemos la palabra al padre Jean Daniélou, jesuita, recientemente nombrado cardenal por Pablo VI. Un artículo por él escrito en la "La Croix", del 29 de enero, ha sido reproducido en la primera página de "L'Osservatore Romano", especie de "Pravda" del Vaticano, y ha provocado cierto oleaje en los medios católicos.

—En un artículo publicado el treinta de enero por «L'Osservatore Romano», periódico oficial del Vaticano, usted adopta una postura muy dura contra el matrimonio de los sacerdotes. Usted rechaza todo

igualmente, que el problema del casamiento de los sacerdotes no es más que un aspecto parcial de una crisis general del sacerdocio. El sacerdote tiene a menudo la sensación de encontrarse «marginado» con relación al mundo que evoluciona, y busca un modo de entrar otra vez en ese mundo. Pero darles la posibilidad de comprometerse sindicalmente, de ser obreros o de casarse (tres de las «reivindicaciones» esenciales de los contestatarios) no resolverá el problema, porque, en mi opinión, es a través del sacerdocio precisamente como el sacerdote podrá integrarse en la civilización.

—¿No pueden modificarse las reglas del sacerdocio? ¿No han evolucionado ya desde un punto de vista histórico?

C. D.—Es inexacto afirmar que el celibato no representa la tradición histórica. El sentido del celibato de los sacerdotes es que éstos deben estar totalmente al servicio de Dios.

Los
Contem
porá
neos